

LAURENCE STERNE

Viaje sentimental

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



2.^a EDICIÓN

UNA DE LAS CUMBRES

DE LA NARRATIVA INGLESA



Viaje sentimental

Laurence Sterne

Viaje sentimental
por Francia e Italia

Traducción y postfacio de Max Lacruz Bassols



Primera edición: abril de 2006
Segunda edición: septiembre de 2024

Título original: *A Sentimental Journey through France and Italy* (1768)

© de la traducción y del postfacio: Max Lacruz Bassols, 2006, 2024
© de la ilustración interior, Aifos Álvares, 2006, 2024

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2024
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

BIC: FC

ISBN: 978-84-128530-5-6
Depósito Legal: M-18288-2024

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Das Gemälde Überfahrt am Schreckenstein*,
Adrian Ludwig Richter, 1837

Impresión y producción gráfica: Safekat

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Viaje sentimental por Francia e Italia

escrito por Mr. Yorick

DRAMATIS PERSONÆ



<i>Yorick</i> , el viajero sentimental.	La fille de chambre <i>de Madame de R.</i>
<i>Padre Lorenzo</i> , monje franciscano.	<i>Un caballero de Saint Louis.</i>
<i>El hostelero Desein.</i>	<i>El marqués de E.</i>
<i>Madame de L.</i>	<i>El conde de B.</i>
<i>La Fleur</i> , criado de Yorick.	<i>Un casero parisiense.</i>
<i>El dueño del burro muerto.</i>	<i>Una muchacha que vende encajes.</i>
<i>La mujer del vendedor de guantes.</i>	<i>Un mendigo adulator.</i>
<i>Un viejo oficial francés.</i>	<i>Maria</i> , una mujer enloquecida.
<i>Un alemán muy alto.</i>	<i>Un campesino francés y su familia.</i>
<i>Un enano.</i>	<i>Una dama piamontesa.</i>
<i>La marquesita de F.</i>	<i>Su fille de chambre.</i>



—**E**stas cosas —dije— las tienen mejor organizadas en Francia.

—¡Ah! ¿Ha estado en Francia? —preguntó el caballero que hablaba conmigo, volviéndose al punto con la expresión más cortésmente triunfal que imaginarse pueda.

—Es curioso —observé, mientras iba cavilando— que una simple travesía de veintiuna millas, pues no hay ni una más entre Dover y Calais, pueda otorgar semejantes derechos a un hombre. Es algo que me propongo examinar.

Abandoné en este punto el debate, decidido a comprobarlo por mí mismo; corrí a casa e hice mi equipaje con media docena de camisas y un par de calzones de seda negra.

La casaca puede pasar, me dije examinando una de las mangas.

Tomé asiento en la diligencia de Dover, el paquebote se hizo a la mar a las nueve de la mañana y a las tres de la tarde me hallaba sentado delante de un fricandó de pollo, y tan indiscutiblemente en tierras de Francia que, si aquella noche me hubiera muerto de indigestión, nada ni nadie en el mundo habrían podido suspender

los efectos del *Droit d'Aubaine*,¹ con arreglo al cual mis camisas, mis calzones de seda negra y, en definitiva, todo mi equipaje hubiera pasado a manos del rey de Francia, y hasta el pequeño retrato que llevo hace tanto tiempo conmigo —que tantas veces te he dicho, Eliza, me acompañará hasta la sepultura— me lo hubieran arrancado del cuello. ¡Qué total falta de generosidad! Apoderarse así de los despojos de un incauto extranjero al que vuestros mismos súbditos han atraído a estas playas es cosa —¡por Dios, *Sire!*— que no está nada bien. Y ciertamente me apena tener que dolerme de ello frente al monarca de un pueblo tan civilizado y cortés, así como tan renombrado por su exquisita sensibilidad y sus delicados sentimientos.

Mas apenas puse el pie en vuestros dominios...

1. Todos los efectos de los extranjeros (exceptuados suizos y escoceses) que morían en Francia eran embargados en virtud de esta ley, aunque el heredero se encontrase presente: el beneficio de tales contingencias quedaba arrendado y sin apelación alguna. (*N. del A.*). [Todas las notas son del traductor, salvo las del autor, que así se indican].

Calais

Cuando hube terminado de comer, después de brindar a la salud del rey de Francia —dejando así satisfecha mi conciencia de no guardarle el más pequeño resentimiento, pues, al contrario, honraba lo humano y afable de su trato—, me sentí una pulgada más alto.

No, la raza de los Borbones no es cruel, pensé; podrán equivocarse como todo el mundo, pero llevan la dulzura en la sangre.

Y, mientras lo decía, sentía en las mejillas como un effluvio más suave, cálido y cordial que el que pudiera haberme producido el borgoña que acababa de apurar, un vino de por lo menos dos libras la botella.

—¡Santo Dios! —exclamé, apartando a un lado la maleta de un puntapié—. ¿Qué hay en el mundo que pueda turbar nuestros espíritus y causar las crueles divisiones que en todas partes separan a los hombres, incluso a los más bondadosos de corazón? Cuando el hombre está en paz con el hombre, el más pesado de los metales es, en su mano, más leve que una pluma; confiado, saca su bolsa, la sostiene abierta en la mano y mira en torno como buscando con quién compartirla.

Y, al pensarlo, sentía yo que se me dilataban las venas, las arterias latían en acorde gozoso y todas las potencias sustentadoras de la vida cumplían su misión con tan poco esfuerzo que la más pragmática de las *précieuses*² de Francia, con todo su materialismo, apenas hubiese podido decir de mí que era una máquina.

Estoy seguro de que trastornaría todas sus creencias, me dije.

Esta nueva idea me exaltó en grado máximo. Y si antes ya me sentía en paz con el mundo, esto acabó de reconciliarme conmigo mismo.

—Si en este momento fuese yo el rey de Francia —exclamé—, ¡qué oportunidad para el huérfano que viniese a rogarme la restitución del equipaje de su padre!

El fraile (*Calais*)

Apenas hube musitado estas palabras cuando un pobre fraile de la orden de San Francisco entró en la sala pidiendo limosna para su convento... No gusta al hombre que sus virtudes estén sujetas a la contingencia del azar —o acaso un hombre es generoso como otro es poderoso—, o *sed non quoad hanc...* ¡o sea lo que fuere! Lo cierto es que el flujo y reflujo de nuestro humor no es algo que pueda razonarse: tal vez depende de las mismísimas causas que influyen en las mareas, y tengo para mí que en modo alguno es un desdoro para nosotros... Por mi parte, preferiría una ocasión en que se dijera: «Ha sufrido influencia de la luna», en lo cual no hay vergüenza ni pecado, a tener que oír que ese mismo acto —en el cual podría haber mucho de una cosa y de otra— se achacaba a mi propia voluntad.

En cualquier caso, tan pronto me fijé en el fraile, decidí no darle un miserable sou y, de acuerdo con tal decisión, guardé mi bolsa en el bolsillo, me abroché, me enderecé, rehice mi compostura y avancé hacia él con gravedad. Temo ahora, es cierto, que en mi actitud hubiera algo de repulsivo. Me parece estar viendo la cara del pobre fraile, y creo que se merecía mejor recibimiento.

2. Damas francesa afectadas y falsamente intelectuales del siglo xvii.

A juzgar por los ralos cabellos que cruzaban el círculo de su tonsura —escasos y blanquecinos en las sienes, y los únicos que le quedaban—, el monje debía tener setenta años... Aunque atendiendo al fuego de su mirada —más templada, al parecer, por la cortesía que por la edad—, bien podría tener sesenta. ¿O acaso la verdad estaría en el justo medio? Sí, sin duda, debía de tener sesenta y cinco, y su aspecto general así parecía confirmarlo a pesar de las prematuras arrugas que alguna causa oculta había grabado en su rostro.

Era un rostro de aquellos que Guido pintó tantas veces —pálido, suave, penetrante—, ajeno a las ideas vulgares y lugares comunes propios de la ignorancia satisfecha, mirando siempre hacia el suelo. El suyo miraba ante sí, como si viese algo, más allá de este mundo... Cómo es posible que aquella cabeza fuera a parar a un individuo de su orden es algo que solo sabe el Cielo, que la puso sobre sus hombros; hubiera correspondido perfectamente a la de un brahmán de la India, y, si yo la hubiera encontrado en las llanuras indostánicas, la habría reverenciado sin duda alguna.

El resto de su figura puede pintarse con dos o tres pinceladas, y está al alcance de cualquiera, pues no era elegante ni tenía otra cosa de notable más que el carácter y la expresión. Era una figura esbelta, de estatura algo más elevada de lo habitual, y a la que cierta inclinación hacia delante —aunque esta sea la actitud natural en quien mendigue— le quitaba distinción. Ahora que lo tengo presente en la imaginación, esa actitud le hace ganar más que perder ante mis ojos.

Avanzó tres pasos por la sala, se detuvo y se llevó la mano izquierda al pecho. En la mano derecha llevaba un bastoncillo blanco, su bordón de viaje. Una vez ante mí, y al irme a acercar yo a él, se me presentó con la consabida historia de las necesidades de su

convento y de la pobreza de su orden; todo esto con una graciosa sencillez y con un aire tan suplicante en la actitud, el rostro y la persona que ni embrujado hubiera podido resistirme...

Pero yo tenía una razón mejor para ello: mi anterior propósito de no darle ni un miserable sou.